

Los alfareros

Una veintena de manos maltratadas con heridas aireadas que parecen llegar hasta los mismos huesos remueven la tierra en el lecho de un río.

La uñas quebradizas y deformes de un color café pútrido cuentan historias de mucho tiempo, épocas perdidas que hombres y mujeres no las cuentan en días, meses o años, sino las miden en vidas enteras; sus vidas y las de aquellos que vinieron y se fueron antes que ellos. Las huellas en sus dedos se han desdibujado al paso del tiempo. Sus manos ya no sudan, están reseca, duras, ya no huelen a esa humedad sugestiva que aflora cuando se está en el despertar de la vida, no, son manos temblorosas y deformes que claman por un descanso que dure cuando menos un suspiro; es suficiente, pero ese suspiro no llega y para muchos nunca llegará.

Las espaldas arqueadas cuentan también historias sin fin, tantas, imposible de recordar.

Articulaciones inflamadas y ese dolor que viene acompañado con el sol y que algunas veces se va cuando aparece la luna; es el pan de cada día.

Si esos cuerpos cansados hablaran no se oíría un reclamo, una queja, o una blasfemia, no, sería un grito de desesperación, pero no lo entenderían, solo comprenderían que es una simple resignación, así, sin más; "Dios dirá", dirían. Entre ceja y ceja tienen grabado con fuego aquello de: *hágase tu voluntad y no la mía*. No solo sus manos y sus espaldas hablan, no, también sus pies.

Sus extremidades inferiores tienen también medias vidas que

contar. Esos pies con rajaduras cuentan historias sin fin. Pies de hombres y mujeres del campo, no de agricultores, sino campesinos, así, como suena: campesinos.

Manos y pies que hacen las veces del arado metálico arrastrado por dos bestias llamados bueyes; pero en este caso, los bueyes son: cuatro pies y cuatro manos, manos y pies de hombre y de mujer. Callos de manos y pies que nacen unos sobre otros sin distinguir si afloran sobre una piel de hombre o mujer o si se trata de niñas o niños. Estos buscadores son adultos mayores que no conocieron la niñez, la inocencia; todos sus sueños se convirtieron en esperanza, esa espera que no ha llegado, ni llegará.

Estos son hombres y mujeres de piel quemada que cada día con mirada altiva desafían al sol cuando este invade sus tierras, y que laboran con la fuerza de cuatro bueyes y diez mulas. Sus espaldas arqueadas por más que se doblan nunca externan el grito de la sumisión ni de la desgracia.

Cada amanecer, para esta gente, es un grito de coraje, unas manos renovadas después de los dolores del día anterior. Unos pies prestos a recorrer caminos de lodo y piedras puntiagudas que lacerarían las más utópicas intenciones de cualquier mortal.

Esta es la historia de estos hombres y mujeres, la que vemos y, tal vez, interpretamos; muy diferente a la otra historia, la que pesa más, aquella que habita en lo más profundo de su ser, es la historia escondida más allá de los surcos del tiempo, tan pesada es, que ellos mismos no conocen el

fin, el tamaño, ni el color. Es tan profundo ese camino hacia atrás que es necesario viajar en el tiempo sobre las alas de los sueños y de los dioses. Camino retrospectivo que llega a los tiempos de la creación misma de nuestra existencia cuando todo aquello primero fue esencia y luego existencia; cuando fue el principio del todo y hoy son el resultado de la historia, una historia que no tiene fin, porque la historia no camina para atrás sino hacia adelante, y esta última siempre es un camino infinito. Para esta gente, infinito es destino, porque saben que todo destino es glorioso cuando fue planeado por sus dioses y aceptado por los hombres.

Hombres pacientes que levantan el pie izquierdo hasta que el pie derecho está asentado en tierra firme. Hombres que acompañan su vida con cantos y también con llantos, cantos y llantos de un mismo color; un color nuevo y un llanto nuevo. Hombres que si su piel hablara serían hombres sin piel, pero su piel no habla y no pueden cambiar de piel.

Estos hombres y mujeres son el resultado de esta tierra recia, rústica, salvaje, orgullosa de sí misma, que durante generaciones no han conocido lo que es la desgracia, el deshonor o la indignidad, solo la injusticia. Gente con gritos callados que han removido los deseos más profundos de otros que no se atreven a externarlos. Son gritos de dolor y al mismo tiempo de un nuevo color. Color que se funde en lo más recóndito de la carne y que surge como manantial embravecido a flor de piel, esa piel quemada por los rayos del sol de hombres y mujeres que no niegan su origen: hijos del Sol.